

y del incienso, continuando el truncado derrotero de Colón, que el maravilloso periplo de Magallanes había de proseguir más tarde á través de las eternas soledades del mar austral. Las primeras expediciones tuvieron en las sierras de los indómitos *mishes* resultados desastrosos; después de la toma de la capital azteca alcanzaron nuevo incremento; largos años duró el batallar contra los montañeses; se decía que, en aquellas dobladísimas tierras, el oro y la plata abundaban; demás de esto, como en todas las comarcas en donde se había llegado á una civilización monumental, las divisiones y las luchas intestinas ayudaban á los españoles más que sus arcabuces y sus caballos y sus perros, empleados en devorar indios con saña despiadada en aquellas expediciones por el bravo y feroz D. Pedro de Alvarado. Tzapotecas y mishtecas luchaban entre sí; los primeros se rindieron y aliaron á los españoles; al cabo hicieron lo mismo los belicosos *mishes*, obedeciendo rabiosos á sus reyes, acobardados por los sacerdotes. En aquel período comenzaron á fundar los capitanes españoles la villa del Espíritu Santo (Coatzacoalco), en el extremo del istmo; en el riñón de las serranías que parten del nudo del Zempoaltepec, en el valle de Huashyacac (antigua colonia militar de los meshicas), una población que se llamó, como la segunda ciudad fundada por los españoles, Segura de la Frontera, y que poblada y abandonada por los conquistadores, no quedó erigida definitivamente con el nombre de Antequera (hoy Oaxaca) hasta 1526; el infatigable Sandoval, que lo mismo fundaba ciudades en las costas del golfo (Medellín y Coatzacoalco) que en las cercanías del Pacífico, va á Michoacán, en pos de las desgraciadas expediciones de Álvarez y de Olid, y vencedor y pacificador funda á Colima, mientras en Zacatula un grupo intrépido comienza la construcción de los buques que han de intentar el viaje á las Indias. Alvarado, sin miedo y sin piedad, recorre el istmo, atemoriza á los caciques, y seguido de sus voraces lebreles, convierte en oro la sangre y las lágrimas de las pueblas indígenas, reuniendo botín inmenso, que provoca la codicia y la rebelión de los soldados, reprimida con mano de hierro; penetra en Tabasco y luego vuelve á México este hombre de orgullo y de rapiña, el más cruel sin duda de aquella bandada de aves de presa. Por manera que antes de recibir la real cédula en que se titulaba gobernador y capitán general (Valladolid, Octubre de 1522), todo el antiguo imperio de Motecuhzoma estaba sojuzgado por Cortés.

No yacía éste inactivo en el campamento de Coyoacán. Vigilaba la edificación de México, que adelantaba rápidamente, gracias á la cantidad de indios (muchos de ellos cautivos, esclavos que llevaban la marca del hierro en el rostro) empleados en ella; puede decirse que la capital se erigió por ellos, á costa de su trabajo y frecuentemente de su vida; fray Toribio de Benaventé consideraba la restauración de México como una de las grandes plagas que sobre la familia indígena cayeron. Por los rumores que venían de España, silenciosa hasta entonces, presentía y percibía casi la desesperada lucha entablada entre su fama y sus enemigos, encabezados por el gobernador Velázquez y sostenidos por el obispo Fonseca, hostil por mala pasión á toda gran empresa americana. Cuando sus nombramientos llegaron, grande fué su regocijo, pero puede decirse que los esperaba. Y no por ello descansó. Poco antes, al saber que Garay, el gobernador de Jamaica, intentaba de nuevo la conquista de la cuenca del Pánuco, mas ahora provisto de muchos recursos y de muchas facultades del rey conseguidas, y que el experto Juan de Grijalva conduciría la expedición, marchó

rápidamente al Pánuco con un ejército de auxiliares aztecas, que compitieron en desmanes y ferocidad con los conquistadores, y después de ejecutar caciques y marcar con el hierro á centenares de cautivos, hizo fundar por su constante Sandoval la puebla de Sancti Esteban del Puerto (hoy municipio de Pánuco). Así encontró las cosas Garay; desbandados y rendidos, á pique de perecer todos en medio de la resistencia furiosa de los indígenas, que Cortés hizo reprimir brutalmente por Sandoval, que quemó á algunos cabecillas, los compañeros de Garay cayeron en poder de los de Cortés; al fin el mismo Gobernador, que tenía el alma de un encomendero, no la de un conquistador, como se ha dicho, tuvo que buscar personalmente el amparo de Cortés, que le trató benévolamente y le dejó morir en paz. Zafo ya de este grave cuidado, pensó en realizar dos grandes proyectos que maduraba hacía tiempo y que ligaba con la busca del Estrecho, de la comunicación interoceánica, en cuya existencia tenía fe inquebrantable. Quería conquistar la parte de la América central más cercana á Nueva España; de esta manera seguramente arrancaría á Pedrarias Dávila, gobernador de la América ístmica, el más rico jirón de sus futuras conquistas, y obtendría la gloria de descubrir el Paso. De estas expediciones, la una, al mando de Alvarado, atravesaría Oaxaca,



Cristóbal de Olid

el istmo mexicano, y, por el Soconusco, en donde había ya una guarnición española, se metería en Guatemala, que, según los ofrecimientos de algunos caciques, sólo esperaba esto para someterse á la corona de Castilla; la otra, que, para desgracia de ambos, Cortés confió á Olid, debía ir por mar, recoger provisiones y refuerzos en Cuba, dirigirse á las costas del golfo de Honduras (las Hibueras) y conquistar aquella comarca, de cuya riqueza se referían maravillas, por cuenta de Cortés, y pacificarla y poblarla.

Alvarado salió airoso de su empresa; Olid, soliviantado en Cuba por los irreconciliables enemigos de Cortés, llegó á Hibueras, fundó una puebla y alzó el estandarte de la rebelión, imitando la conducta de su mandante con Velázquez. Súpolo Cortés y envió una



primera expedición en contra del rebelde; ayudado por las tormentas, Olid vió caer á los expedicionarios en su poder; pero Casas, el jefe por Cortés enviado, y otro de los conquistadores de México que por allí acertó á estar, se apoderaron pérfidamente del jefe insurrecto y lo hicieron degollar incontinenti. Cortés no supo sino la primera parte de la tragedia, la captura de su enviado, y se propuso tomar venganza personalmente de todo. Dispuso una gran expedición que él conduciría en persona, á pesar de los consejos de sus amigos y de las intimaciones de los oficiales reales, recientemente enviados de España para organizar la administración fiscal de la Colonia. Nada lo disuadió; con un boato regio, según los cronistas cuentan, abandonó á México, encargando del Gobierno al tesorero y al contador, por el rey nombrados, agregándoles á un licenciado Zuazo, con lo que se formó un triunvirato con facultades omnímodas por lo inciertas. Con el capitán general partieron el factor y el veedor, también oficiales reales, quienes volvieron pronto á México, y muchos de los principales de la expedición de Garay, y el emperador Cuauhtemoc, el Cihuacoatl y el señor de Tlacopan, etc. Cortés, previendo que la expedición podía durar mucho y aun no tener éxito, arrancaba del centro de su conquista á quienes podían ponerse al frente de alguna terrible rebelión. Hasta la desembocadura del Coatzacoalco todo marchó bien, y la expedición conservó su aspecto pintoresco y el regio carácter que le daban el séquito y el boato del conquistador. Comenzó desde allí la peregrinación inverosímil al través de ríos y montañas, de bosques, pantanos y lagunas, sólo visitados por las salvajes tribus que por allí trashumaban y por las fieras; comarcas de riqueza vegetal inmensa, en las cuales había que crear incesantemente y á costa de privaciones y fatigas increíbles la vereda, el camino, el puente, la balsa para ir adelante sin saber casi adónde, sin saber á qué. Y, sin embargo, Cortés mantuvo casi compacto aquel haz, que el cansancio y las enfermedades mermban en su mano de hierro. Si Olid hubiese vivido todavía, al llegar á las Hibueras aquella expedición desarmada, extenuada, hambrienta y flaca, probablemente la habría capturado y Cortés habría ido á parar á Cuba, en poder de los amigos de Velázquez. En el camino, temiendo probablemente la fuga del emperador y los suyos, y su reaparición en México, inventó la existencia de una conspiración ó hizo ahorcar al príncipe azteca y á algunos de sus compañeros. La serenidad estoica del joven emperador, que, para salvar á su pueblo probablemente, se había dejado bautizar ó imponer un nombre cristiano, no se desmintió un momento; conservó de este modo su gigantesca superioridad moral sobre su vencedor. Parece que algo gritó al oído de éste su conciencia, según Bernal Díaz; el eco de su crimen tomó más tarde voz clara en Carlos V, que reprobó solemnemente el hecho cruel é inútil. Cortés jamás conoció escrúpulos para ir á sus fines; como casi todos los grandes hombres de guerra y de gobierno, y él lo fué sin duda, poseía en el fondo de su espíritu la creencia, que Napoleón exponía con cinismo trágico, de que los que realizan las empresas magnas están por encima de las leyes morales y positivas... ¡Como si las leyes morales fueran otra cosa que fórmulas de las necesidades vitales de una sociedad; como si, por tanto, no fueran leyes de la naturaleza; como si de las leyes de la naturaleza, pudieran emanciparse estos gigantes de la historia, que rinde muertos un microbio de los pantanos de Babilonia en las venas de Alejandro ó un grano de arena en la uretra de Cronwell!

Tras varios meses de sufrimientos inenarrables, la expedición de las Hibueras llegó á su término; ni tenía ya objeto, porque Olid había muerto, ni podía tenerlo, porque las rique-

zas de la región resultaron una fábula; ni tuvo otra consecuencia que la fundación de dos ó tres raquílicas poblaciones y, para Cortés, la pérdida de su prestigio, y en México el naufragio de su poder y su fortuna, deshechos por los desmanes de los oficiales reales. Enfermo y desgraciado, tornó á Veracruz año y medio después de su salida de México; sus compañeros ó se habían quedado como pobladores en Honduras, ó se habían unido á Alvarado en Guatemala, ó regresaban cabizbajos con el Conquistador. Desde entonces nada salió bien á Cortés; la horca de Cuauhtemoc proyecta su sombra negra sobre la tarde de aquella vida de triunfos y pesares.

Las poblaciones indígenas y los conquistadores recibieron con inmensas ovaciones al que se había dado por muerto. Para recuperar sus bienes y su posición, para hacer castigar á sus despojadores, hombres de iniquidad pura, empleó meses de trabajos y empeños, y nada salió á medida de sus deseos; residenciado por la Corte y obligado á ir á sincerarse personalmente, cerca de dos años después de su vuelta de las Hibueras salía rumbo á Europa, cuando se encargaba del gobierno de la Nueva España, que él consideraba como su obra y casi como su propiedad, una Audiencia, un tribunal de justicia y administración que iba á serle más hostil y más perjudicial que sus peores enemigos. Al frente de este grupo de jueces puso el rey, con desacierto insigne, al célebre Nuño Beltrán de Guzmán, que estaba gobernando la provincia del Pánuco como podía gobernar la peste. Sus desmanes habían obligado á los indios á abandonar sus caseríos y á remontarse; los que no lo habían podido hacer eran reducidos á la esclavitud y frecuentemente enviados á las islas en cambio de ganado, que pronto pululó en aquellos grasos pastales, entre las montañas y las costas de Tamaulipas. Los españoles mismos estaban aterrados.

Éste era el hombre encargado de dirigir la justicia en la colonia; en México puso la mano en todos los abusos para hacerlos crecer y multiplicarse, y cuando las noticias de España le hicieron comprender que, con la vuelta de Cortés, colmado de honores, y el envío de otra Audiencia, sus crímenes iban á ser castigados, se decidió á lavar sus faltas con la gloria del conquistador, no consiguiendo sino bañarlas en sangre. Nuño de Guzmán es el tipo del conquistador primitivo, del que creía que todo era lleito para allegar oro, del que se movía exclusivamente por codicia y procedía con las comarcas sometidas, exactamente como con una ciudad saqueada y pasada á cuchillo; en éste no hay mezcla, hay astucia, audacia, valor é inteligencia quizás; pero todas estas cualidades no sirven más que para poner de resalto la facultad dominante: la codicia. De una manera inicua hizo dar muerte al rey de Michoacán, al famoso Caltzontzín, después de exprimirle el oro y atormentarle. Él y sus tenientes, Oñate y el oficial real Chirinos, cruzaron en distintos sentidos regiones hoy comprendidas en los Estados de Jalisco, Aguascalientes, Zacatecas y Territorio de Tepic; y no se sabe qué admirar más, si la ferocidad desplegada en ellos torturando caciques, reduciendo á la esclavitud y herrando centenares de cautivos, dejando á los aliados meshicas y tlascaltecas que incendiasen las poblaciones, ó la férrea voluntad empleada en sobreponerse á las privaciones y peligros, y en ir y venir por aquellos doblados terrenos á costa de esfuerzos que aun hoy parecen inverosímiles. Exploradas aquellas comarcas ya visitadas por otros españoles, que aun en algunas partes tenían encomiendas, pero que sólo nominalmente las poseían en realidad, reuniéronse todos en un punto de Jalisco á fines de 1530.